

Pablo Neruda viene volando

JUAN ANDRÉS PIÑA

En algún sentido, 1991 pareció haber sido el año de Pablo Neruda, al menos en Chile. A propósito del vigésimo aniversario de la obtención del Premio Nobel de Literatura, multitud de organismos, empresas e instituciones se dedicaron a recordar la fecha: homenajes, aperturas de casas de propiedad del poeta, visitas ilustres que exaltaron su memoria, ediciones y reediciones de sus libros, estrenos de películas y otros acontecimientos por el estilo han ido convirtiendo a Neruda en un personaje imprescindible de la vida chilena, esa animita algo intocada que cada vez cuesta más bajar del pedestal donde la van colocando.

En este contexto fue estrenada en noviembre pasado la obra **Pablo Neruda viene volando**, escrita en colaboración por el dramaturgo Jorge Díaz y el grupo Ictus, y dirigida por Gustavo Meza, montaje que será el encargado de representar a Chile en la Expo 92 de Sevilla. La intención del espectáculo resulta bastante abarcadora: resumir la vida del poeta, desde la infancia hasta la muerte, a través de cinco mujeres claves en su vida. Ellas son su madrastra (Maite Fernández), Albertina Azócar (Paula Sharim), Jossie Bliss (Mariel Bravo), Delia del Carril (Delfina Guzmán) y Matilde Urrutia (Elsa Poblete).

De esta manera, la visión del personaje Neruda está entregada a través de diversas situaciones amorosas, y desde allí surgen sus afanes poéticos y políticos, sus amistades, sus anhelos y contradicciones, con el telón de fondo de la historia chilena a través de este siglo: llegada a Santiago, amistades literarias de la época, estadía en Oriente, residencia en España,

preferencias ideológicas, viajes, persecución política, preocupaciones poéticas, agonía final. Todo ello está enlazado con cada uno de los grandes amores de su vida y encarnado por cuatro actores distintos, de acuerdo a la época en su vida (Gonzalo Meza, Tito Bustamante, Edgardo Bruna y Nissim Sharim).

Aun cuando la perspectiva dramática está entregada por el hilo conductor de estas mujeres, **Pablo Neruda viene volando** pretende ser una gran síntesis de la vida del poeta, recreada por la vía de la documentación biográfica y de los poemas nerudianos. Así, la obra parece más bien una secuencia de estampas o recuadros sobre determinados momentos, marcados por la relación amorosa con cada una de estas mujeres. En esta perspectiva prácticamente carece de un conflicto matriz, de un motor dramático que haga progresar en un sentido y con una dirección la obra.

Incluso el paso de un amor a otro, de una mujer a la siguiente, no está marcado por un desgarramiento o por una pérdida. Sólo se exceptúa el caso del inicio de su relación con Matilde Urrutia y abandono de Delia del Carril ("La Hormiguita"). El conflicto interno está dado por una hermosa escena donde los cuatro Pablos se reprochan, recriminan y defienden alternativamente, ya que este nuevo amor no es sólo un problema afectivo, sino también político. Pero el resto de estos cambios parecen más bien saltos de un amor a otro, nuevos encuentros que en poco afectan la integridad y dirección del personaje. Ello sirve para aumentar aún más la sensación de obra sin un conflicto que guíe la acción y cuyo avance resulta algo errático y

arbitrario, a ratos sin dirección.

Para el espectador más o menos enterado de las vicisitudes de la peripecia nerudiana, la obra no aporta mucho, ya que muestra un panorama más o menos conocido, si exceptuamos la parte correspondiente a las cartas de Neruda a Albertina. Lo que sí importa a ratos es la concepción escénica y espacial, características de los montajes de Ictus. Allí sobresalen el tono nostálgico y algo en sordina, el recuerdo melancólico sobre el poeta: por ejemplo, el sonido del viento en el mar de Isla Negra o el susurro de la arena de sus playas.

Esta es una obra de resumen, que simultáneamente toca muchos aspectos nerudianos. Esa visión desmedida es lo que convierte al espectáculo en una serie de estampas casi carentes de una línea dramática conductora. Seguramente haber enfocado algún aspecto específico de la vida y obra de Neruda, hubiera producido la necesaria densidad y condensación de la que aquí se carece.

Existe una correcta frialdad en **Pablo Neruda viene volando**, donde ni la notable capacidad de Díaz como dramaturgo, ni las reconocidas cualidades de Ictus y de Gustavo Meza como "montadores de obras" pueden desarrollarse en plenitud, arriesgarse, desatarse en la forma más pasional y misteriosa, como un tema de esta naturaleza lo hubiera necesitado: Es verdad que no hay aquí esa mirada solemne y abrumadora a la que nos están acostumbrando los admiradores de Neruda en los últimos años, pero tampoco ese ardor o vehemencia que sostenga íntimamente una obra de dos horas de duración. ■